

Tres personajes de Castillo-Puche en busca de un camino

POR
CONCHA ALBORG
Saint Joseph's University

SUMMARY

This is a study of the characters, Enrique, Julio, and Luis, protagonists of «Sin Camino», «Con la muerte al Hombre», y «El Vengador» respectively, and how their life-adventures show the similarities of their aims as well as their different reactions towards the events which guide them on their search.

Al considerar las tres primeras novelas de José Luis Castillo-Puche, los críticos, generalmente, las han estudiado en el orden de su publicación; primero *Con la muerte al hombre* de 1954, seguida de *Sin camino* de 1956 y después *El vengador* de este mismo año¹. El autor inclusive lo hace así apoyándose en la cronología de su vida que le sirve de base para sus novelas². Pero si las examinamos por su orden de creación, o sea, *Sin camino*

1 Véase JUAN L. ALBORG, *Hora actual de la novela española*, vol. I (Madrid: Taurus, 1958), págs. 284-300 y G. SOBEJANO, *Novela española de nuestro tiempo* (Madrid: Editorial Prensa Española, 1975), págs. 259-263.

2 Me baso en el texto de una conferencia que Castillo-Puche leyó en una gira por los Estados Unidos en 1985, págs. 12-19. Hay que llevar cuidado, sin embargo, en diferenciar entre lo que es vida y lo que es biografía; sus novelas se basan en sus experiencias, pero no son autobiográficas completamente, pág. 8. Tres de esas experiencias, siguiendo la misma fuente citada, son el impacto de la niñez —su pueblo; el impacto de la adolescencia —el seminario; y el impacto de la juventud —la guerra civil (pág. 22). Cada una de estas experiencias está representada en una de las novelas que estudiamos en este artículo. La tesis de Luis Fonseca, «José Luis Castillo-Puche: los temas de su obra literaria», *DAI*, 1972, vol. 33, pág. 1722A, es un trabajo basado en la misma premisa.

antes que las otras dos, y en conjunto, se puede ver en ellas una progresión hasta cierto punto estilística, pero, sobre todo, temática. Los tres personajes protagonistas de estas obras: Enrique, Julio y Luis de *Sin camino*, *Con la muerte al hombro*, y *El vengador* respectivamente, tienen varios rasgos en común que les caracterizan. Sin embargo al enfrentarse con sus propias situaciones, cada uno reacciona de un modo diferente que indica un desarrollo, un mayor grado de madurez, en su trayectoria vital.

A pesar de que hoy día *Sin camino* es una novela totalmente inofensiva, su publicación fue prohibida en España y se imprimió en La Argentina en 1956 diez años después de haber sido escrita, de aquí la situación cronológica a que hemos aludido³. De forma tradicional, en quince capítulos numerados, un narrador en tercera persona cuenta la historia del protagonista, Enrique, un seminarista que estudia en la Universidad Pontificia de Comillas. La tensión es evidente puesto que desde el primer momento se establece su falta de vocación y su estado de incertidumbre que le impide tomar la decisión de abandonar el seminario hasta el último momento antes de ordenarse que cierra la novela. El hombre del hermano Gabriel que sirve de introducción a la acción es simbólico de la «caída» que sufrirá el protagonista y la novela *Pepita Jiménez* que está leyendo el seminarista acentúa las sospechas del lector.

La caracterización de Enrique es implícita puesto que no se explica claramente su pasado. Se indica que hay algo sospechoso sobre su participación en la zona roja durante la guerra civil y tampoco se aclara su relación con Isabel, aunque se sugiere que fue platónica. Es sorprendente la falta de experiencia del personaje con las mujeres y es posiblemente esto lo que justifica su infantil obsesión con ellas. A pesar de sentirse enamorado de Isabel, persigue a Inés, una chica del pueblo, que le corresponde y le desdeña como típica adolescente. Aprovechando una salida del seminario, Enrique conoce a una prostituta con quien tampoco es capaz de establecer una relación significativa. Su preocupación por la mujer, pues, es más un efecto que la causa de su falta de vocación religiosa⁴.

La madre del protagonista, hasta cierto punto, ejerce una influencia más fuerte sobre él. Es a ella a quien le entusiasma la idea de tener un hijo sacerdote; la carta que le escribe es indicativa de una religiosidad acerbadada que le hace sentirse culpable a Enrique cuando considera la posibilidad de

3 Y aún cuando se publica en Madrid le faltan cincuenta páginas que suprime la censura. Sería interesante revalorar esta obra y otras del autor que van a re-editarse en España próximamente considerando los episodios que faltaron. La edición que utilizo es la de (Madrid: Editorial Búllón, 1963). Las citas referentes a esta novela aparecen en el texto con las páginas correspondientes.

4 En la conferencia citada en nota 2, dice el autor: «*Sin camino* no es —como tantas novelas de este tema— un testimonio de ruptura por la mujer —siempre la mujer—, sino que *Sin camino* yo diría que es un alegato generacional frente a las conductas y la educación eclesiástica» (pág. 15).

abandonar el sacerdocio ⁵. El estado ambivalente de su conciencia se expresa por medio de monólogos interiores que se van incorporando a la narración, de una forma tentativa al principio, y usados eficazmente al final como el que incorpora las palabras en latín de la ordenación con sus atormentados sentimientos ⁶.

Pero, sin duda, la situación en el seminario es la razón primordial por la cual Enrique no quiere ordenarse. Toda la novela está colmada de una crítica amarga a esta institución, de aquí la actitud de la censura cuando prohibió la obra. Como indica el mismo Castillo-Puche no se comprende que se defina esta novela de «católica» cuando su intención fue precisamente una denuncia ⁷. Es evidente el ambiente mezquino e hipócrita que se respiraba en el seminario en opiniones como ésta: «Todo es hablar aquí del cielo, de los métodos modernos de apostolado, de los obreros; pero a la hora de la verdad lo que priva es la canonjía y la oposición, el enchufe y la nómina» (pág. 77). De todos sus compañeros sólo hay uno o dos que merecen apreciación por su carácter (pág. 261), y algunos, como Noli, son verdaderamente repulsivos. Tampoco entre los hermanos, salvo el Enfermero, hay ninguno que represente un aspecto positivo de la Iglesia. El Padre Espiritual y el Padre Prefecto le inculcan un sentido erróneo de la religión que culmina en las escenas tan

5 Valgan estas líneas de su carta de ejemplo: «No sé si yo llegaré a verte en el altar, pues cada día estoy más floja y viejecita, pero sea como sea, tu ya sabes que lo único que quiero es que seas un sacerdote santo y que mi único consejo ha sido siempre decirte que las cosas de la tierra no valen nada y todas son desengaños y que lo único que hace ser feliz es tener la conciencia tranquila y hacer bien. ¡Qué feliz seré yo, aunque esté en el cielo, viendo que tu salvas muchas almas...! La carta de la hermana tiene el mismo efecto sobre el seminarista (pág. 124) y los regalos de la familia sirven para acrecentar su sentido de obligación (pág. 255).

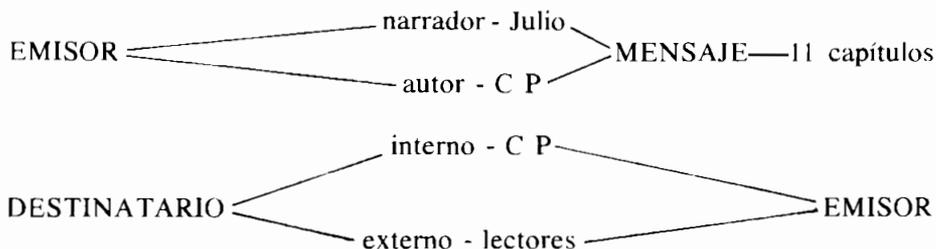
6 «*Declaratio propria manu subscribenda: '¡Ya está aquí!', a candidatis in singulis SACRIS ORDINIBUS suscipiendis, juramento coram Ordinario praestito.* Un papel de éstos lo contiene todo. Empieza: *Ego subsignatus...* Aquí, Enrique, tu nombre y tus apellidos. ¡Ponlos ya! No, con cuidado; no vaya a caer un borrón. Enrique... Mi nombre no es sólo un nombre, mi nombre soy yo, que tengo un destino propio, un destino único, un destino mío. Y abajo vendrá la firma... Si no hubiera ocurrido todo lo de la guerra, quizá tampoco tuviera yo tanto pensar. Aunque ahora ya no hay que pensar nada. Lo de Pilatos: *Quod scripsi, scriptum est.* Uno es libre, pero no lo es. ¡Adelante! *Exhiberi, pro recipiendo...* Todavía en estas primeras Ordenes cabe un arrepentimiento, pero las que vienen después, esas... ponen la carne de gallina. Las otras son las decisivas. Ahora no hay voto. Todavía... *Ordine sacra instante Ordinationem ac diligenter re perpensa coram Deo, juramento interposito.* 'Juro por Dios y por España', que el trigo escondido... (*De intermis neque Ecclesia*). Prosigue: *recipiendo eodem sancto Ordine:* ¡A ordenarse! A ver quién es el guapo que ya, casi saliendo de la sacristía, se vuelve atrás... Con una madre esperanzada no se puede hacer eso» (pág. 256).

7 En el texto ya citado en notas 2 y 4 afirma Castillo-Puche que no es un novelista católico «...en mis novelas, aunque sean de curas, no hay apologética, no hay milagros, ni conversiones, ni nada de eso que hace una novela católica. En mis novelas de curas lo único que hay es crítica, incluso sátira» (págs. 6-7). Los críticos asocian su nombre con el de un novelista católico especialmente porque su novela *Hicieron partes* ganó el premio «Laurel del libro» en un concurso de novela católica, véase J. M. MARTINEZ CACHERO, *Historia de la novela española entre 1936 y 1975* (Madrid: Castalia, 1979), pág. 202. José Domingo en «Del seminario a la isla. Castillo-Puche, García Ramos», *Insula*, 302 (1972), pág. 6 analiza la novela *Como ovejas al matadero*, y también ve en ella un documento testimonial.

patéticas de la flagelación (págs. 43-45). En ocasiones la censura de aquella vida se lleva a cabo a través de la ironía, como cuando celebran un Auto Sacramental para conmemorar el Cincuentenario de la Comunidad y debido a su extensión le llaman «camión» (pág. 94).

Enrique, acosado por los padres, influenciado por su familia, e indeciso de por sí no sabe qué camino tomar. Hasta que, en lo que creía iba a ser un encuentro con Inés, se enfrenta con un teniente que la requiebra, discuten y sin querer le hace caer por un acantilado al mar. Con una actitud impropia de un futuro sacerdote, el seminarista encubre la muerte de su rival y a raíz de este incidente decide, finalmente, dejar el seminario «desorientado, pero con paso firme» (pág. 273). En esta situación existencial —la falta de vocación— enmarcada en su contexto social —la institución religiosa— el personaje huye sin definirse a un futuro incierto. Es de notar que también Enrique podría denominarse como el que lleva «la muerte al hombro».

Lo cual nos conduce a la novela de ese título *Con la muerte al hombro* publicada en 1954, pero la segunda en la creación de Castillo-Puche⁸. Técnicamente esta obra es mucho más interesante que la anterior por su estructura enmarcada. A las memorias de Julio, el protagonista, que forman el cuerpo de la novela, le precede una carta del propio personaje a Castillo-Puche a quien conoce por ser del mismo pueblo —Hécula⁹—. En otras palabras, el autor se finge editor y escribe una «aclaración» al final incluyendo otra carta de un tal R. que revela el resultado de la autopsia de Julio¹⁰. En términos semióticos esta situación crearía un esquema cerrado¹¹:



Otra dinámica presente en la obra es la de las voces narrativas; Julio cuenta

⁸ También a esta novela le faltan cincuenta o sesenta páginas suprimidas por la censura, Entrevista en Columbus, Ohio, octubre 3-5, 1985. Uso la edición de (Barcelona: Destino, 1972). Las demás referencias aparecerán en el texto.

⁹ Castillo-Puche nació en Yecla, un pueblo de Murcia en 1919. Del mismo lugar escribieron Azorín y Baroja «José Luis Castillo-Puche» por Manuel Cerezales. Ministerio de Cultura, 1980, Madrid.

¹⁰ Según Oscar Tacca «Este autor-editor o transcriptor, más que un autor es un fautor en el sentido policial y vagamente delictivo que ha adquirido la palabra. El autor recurre a la coartada, instiga, desaparece, actúa por delegación vicariamente», (Madrid: Gredos, 1978), pág. 38.

¹¹ Me baso en el esquema de Cesare Segre, *Principios de análisis del texto literario* (Barcelona: Editorial Crítica, 1985), pág. 12.

su vida desde Madrid donde se ha refugiado a esperar su muerte. Pero hay un contraste entre el presente de la narración y el pasado —más o menos cercano— que recuerda, creando lo que llama Oscar Tacca técnica del doble registro¹². A esta doble perspectiva se le une lo apremiante del tiempo y su conciencia de narrador, como cuando dice: «Por muy penoso que sea todo esto, la muerte, para mí entonces era un sueño, no una realidad, un sueño entre las tinieblas de muchas cosas incomprensibles, pero no esta realidad, fría que me hace pensar ahora mismo: 'A lo mejor ni este capítulo deo concluido'» (pág. 99).

Julio es un hombre de menos de treinta años que vive en un piso de la Gran Vía en Madrid, convencido de que va a morir inminentemente de la misma enfermedad que ha aniquilado al resto de su familia. Se trata de la tuberculosis, pero como rasgo de su paranoia, no menciona su nombre más que en eufemismos o perífrasis. Ni tan siquiera va al médico por miedo de que confirme sus temores, e inclusive el doctor Val, quien también se ha trasladado de Hécula a Madrid, está convencido de la diagnosis¹³.

La obsesión de Julio con la muerte no carece de razones: la ha heredado de su pueblo. Hécula es: «la Rusia española», «una tierra hosca» con «luto cotidiano y tremendo» donde «la muerte, al parecer, nada importa y donde la vida se acepta siempre como una maldición insoportable» (pág. 16)¹⁴. Este culto a la muerte se manifiesta en la atención morbosa que prestan al cementerio, los funerales, el canto de los auroros, los velatorios, los entierros... No es de extrañar, entonces, que, después de la muerte de su padre y de sus hermanos, Julio no quiera hacer pública la de su madre y la entierre al pie de un árbol en su propio huerto¹⁵.

12 En las palabras de este crítico: «Hay un procedimiento muy utilizado por la novela, que consiste en un verdadero desdoblamiento entre narrador y personaje, aunque conservando su coincidencia, su identidad. El personaje cuenta hechos de su pasado, pero contemplados con la relativa 'ajeneidad' que impone el tiempo». pág. 138.

13 Véase el estudio de G. ROBERTS, *Temas existenciales en la novela española de post-guerra* (Madrid: Gredos, 1978), págs. 236-261, para un análisis de la muerte o de la enfermedad del protagonista.

14 No es de extrañar que Castillo-Puche fuera expulsado de Yecla a raíz de la publicación de *Con la muerte al hombro* y no pudiera volver en 15 años. Después le recibieron con honores y ahora, de nuevo, por la publicación de *El libro de las visiones y apariciones*, 1977, otra vez es persona «non grata». En una entrevista con José Hernández, «Charla con José Luis Castillo-Puche», *Hispania*, March 1979, pág. 152.

15 Todas estas vivencias de su pueblo natal y de su familia son las mismas que están presentes en la Trilogía de la liberación compuesta por *El libro de las visiones y las apariciones* (Barcelona: Destino, 1977), *El amargo sabor de la retama* (Barcelona: Destino, 1979) y *Conocerás el poso de la nada* (Barcelona: Destino, 1982). Sobre esta trilogía me refiero en «La trilogía de la liberación de José Luis Castillo-Puche», 1986 Annual Meeting of the American Association of Teachers of Spanish and Portuguese, Madrid, august 9-13, 1986. Gemma Roberts de *El libro de las visiones y las apariciones*, «Miedo en Hécula», *Cuadernos Hispanoamericanos*, 340 (1978), págs. 209-214. Y el mismo crítico hace un juego con los títulos (algo como lo que venimos haciendo en este artículo) en «Con el pasado al hombro: *El amargo sabor de la retama*, de José Luis Castillo-Puche», *Cuadernos Hispanoamericanos*, 361-262 (1980), págs. 371-378.

Como Enrique, Julio carece de un camino preciso: no tiene trabajo, ni profesión, ni otro plan más que esperar su muerte¹⁶. También tienen en común la falta de desarrollo en lo que se refiere a las relaciones con las mujeres. Julio había tenido una novia (pág. 165) y durante la guerra conoció a Margaret, una chica suiza, pero estas situaciones no están presentadas explícitamente. Igual que Enrique, Julio se relaciona con una prostituta, Elvira, que le sirve de entretenimiento en su vida carente de sentido¹⁷.

La intriga de la obra se acentúa cuando Julio descubre que Elvira sale con el doctor Val. Sintiendo rechazado, el protagonista se dedica a seguir a los amantes. En el encuentro final con el doctor Val, Julio le clava un estilete en el pecho, y creyendo que le ha matado, le deja sus memorias a Castillo-Puche y huye para ser emboscado después por un hermano de Elvira que le asesina. La ironía revelada en las notas finales es doble: el doctor Val no murió de la herida producida ni Julio estaba enfermo de tuberculosis: «El informe de la autopsia le señalaba como un hombre fisiológicamente normal, sano y de tipo atlético» (pág. 313).

Nos encontramos en Julio con un personaje, que parecido a Enrique, se halla en conflicto consigo mismo y con una entidad social —aquí Hécula—. Su solución es abandonar su pueblo y perderse al amparo de la gran ciudad. Lo que es evidente es que su final no queda abierto, como el de Enrique, y más significativo, que es capaz de venganza: he aquí el verdadero «vengador».

El vengador, 1956, fue el título con el que se publicó la tercera novela de Castillo-Puche porque la censura no permitió que se titulara «La guerra ha terminado»¹⁸. Estas palabras, que fueron la primera frase oficial de Franco después de la victoria, son evidentes del contenido político que comprende esta novela. Si la guerra había terminado no era así con el odio que todavía vivía en Hécula —otra vez— el pueblo de Luis, narrador de su propia historia: «Hécula es así. En Hécula se viven a perpetuidad los pleitos y los odios» (pág. 95).

16 «Mi vida siempre ha sido además, eso, dejarme llevar, desmarcado, distraído. Me lo habían dado todo hecho e intuía vagamente que lo que estaba haciendo tenía su valor. No podía ni suponer adónde conducían la mayor parte de mis actos, ni el objeto de las consignas», pág. 219.

17 Hasta las conversaciones con ellas son similares en lo forzadas y ridículas que aparecen:
— ¿Sabes que eres muy bonita?
— ¿Sí, de veras? ¿Soy bonita yo? (pág. 129)
y en *Sin camino*:

— ¿Qué miras?
— Estaba viendo lo bonita que eres.
— ¿Sí? ¿De veras que te gusto? (pág. 174).

18 Así lo afirma Castillo-Puche y corrobora: «Por lo visto, la guerra estaba todavía en los corazones, la guerra no había terminado» (pág. 17), de su conferencia ya citada. Lo irónico es que esta frase aparece también en *Con la muerte al hombro* (pág. 255) para seguir esta serie de correlaciones que venimos exponiendo. De *El vengador* utilizo la edición (Barcelona: Destino, 1975), las referencias a las páginas correspondientes estarán en el texto.

Al regresar allí después de la guerra, se entera de que sus hermanos y su madre habían sido asesinados brutalmente. La gente del pueblo está sedienta de venganza. De nuevo vemos la influencia de Hécuba sobre el personaje. El pueblo espera que Luis se ensañe cruelmente y lo más pronto posible, incluso recibe varios anónimos que censuran su falta de acción: «...el plato fuerte era el de la venganza, aquella venganza que yo iba difiriendo, pero que de algún modo tendría que cumplir porque no era mi venganza, sino la venganza de todo un pueblo que caía sobre mí» (págs. 226-227). Luis resiente esta intromisión y recurre a la guardia civil para que le ayude a investigar los asesinatos de su familia. En el curso de sus pesquisas descubre el cadáver de un desconocido en el nicho de su familia; desde ese momento le preocupa tanto esa muerte como la de sus hermanos. Siguiendo el mecanismo que venimos haciendo, hay aquí un personaje que realmente «lleva la muerte al hombro».

El peso del ambiente y de esa muerte es evidente en los sueños que forman parte de su caracterización. En «Horrorosas pesadillas» soñaba que «un río de barro negruzco y espeso corría carretera adelante detrás de mí, pisándome los talones»; o que estaba «metido en la hornacina de un altar»; o «me dejaban caer muy despacio y atado de una cuerda a lo profundo de un pozo»; o «se encontraba en un nicho estrecho en el que me habían metido dentro de una caja» (págs. 275-276). Además su estado de desesperación se demuestra en que —contrario a los otros dos personajes que hemos estudiado— llora por lo menos en tres ocasiones; una de ellas en frente mismo de sus primas (págs. 243, 275 y 290).

Luis se parece a Enrique y a Julio en que también es tímido con las mujeres; ni tan siquiera se atreve a besar a las chicas para celebrar el fin de la guerra y su conversación con Marina, la que fue novia del hermano, raya en lo ridículo. Pero de los tres, Luis es el personaje que mejor representa la moral cristiana¹⁹. En las escenas que abren la novela se demuestra su caridad cuando se compadece del miliciano que sube al camión²⁰. La idea del perdón reaparece varias veces en su conciencia y aunque no quiere hacer caso a don Roque, el arcipreste, oye sus conversaciones con las primas: «Si queremos que Dios nos perdone, tenemos que perdonar» (pág. 110) y en el fondo está de acuerdo con él (pág. 266). Es consecuente, pues, que perdone al Tieso, el guardia que presenció la muerte de uno de sus hermanos (pág. 216) y que al

19 En ocasiones se hace uso de un léxico de aspecto religioso: «Era una hora tensa y difícil. La gente había sufrido. Era como esa hora preliminar de la resurrección; pero las tinieblas se enseñoreaban aún del mundo. Más que de bienaventuranzas, de lo que se podía hablar en aquel instante era de agonías y calvarios. Faltaba algo para que pudiera efectuarse la redención de muchos espíritus» (pág. 115). Aunque no se mencionan estas páginas, se puede ver el uso del lenguaje religioso en el completísimo libro de E. GONZALEZ-GRANO de ORO, *El español de José Luis Castillo-Puche* (Madrid: Gredos, 1983), págs. 267-278.

20 Y piensa: «'Que un hombre se enterezca por un ser desgraciado que está reclamando con los ojos un poco de amor, no creo que sea un gran pecado', me decía a mí mismo muy convencido de que todo mi afecto hacia el tierno miliciano era una explosión de un súbito sentimiento de caridad», pág. 27.

final, inspirado por las palabras que recuerda de su madre: «Estate quieto, olvida. No te muevas, perdónalo todo» (pág. 298), decida alejarse del pueblo sin vengarse.

En sus reflexiones le pesa en su conciencia aquel cadáver que está enterrado, abandonado y lejos de los suyos en la tumbra de sus padres; como él habían muerto mil más en Hécuba solamente. No era su familia la única que podría vengarse. Lo irónico de su decisión final es que se presenta en su unidad dispuesto a reincorporarse al servicio militar. Se sugiere que va a matar de nuevo —también lo hizo durante la guerra— pero de eso es capaz mientras sea parte de su obligación, lo que no puede hacer es vengarse en sangre fría en contra de su moral: «Me quedé tan tranquilo. La paz había entrado dentro de mí y no me importaba lo más mínimo coger de nuevo las armas» (pág. 302). La solución de Luis —comparada con la de Enrique o la de Julio— es la que indica mayor grado de responsabilidad. Aquí el conflicto más que religioso o social es de tipo político y se resuelve de una forma bien definida.

Castillo-Puche afirma que sus personajes tienen un carácter antiheroico²¹; no cabe duda que Enrique, el protagonista de *Sin camino*, distaba mucho de ser un héroe. Tampoco era ejemplar la conducta de Julio en *Con la muerte al hombro* aunque el autor le redima en la nota final por haber tenido la fortitud de escribir sus memorias: «Y sólo por esto cobraba ante mí calidades de héroe» (pág. 311). Luis de *El vengador*, sin embargo, es el más heroico de los tres: su participación en la guerra le gana la distinción de «heroico soldado» (pág. 300), pero su valentía no radica en esto, sino en ser capaz de no vengarse²².

Se ha destacado que Castillo-Puche, igual que Cela, hace uso del tremendismo y la truculencia²³. Particularmente en *El vengador* hay varias escenas que podrían denominarse así: la exhumación del cuerpo de la madre, el hallazgo del forastero en el nicho familiar, las atrocidades de la guerra, las muertes horripilantes de Enrique y de la madre, y el suicidio del hombre en la tinaja de vino. Incluso técnicamente hay un gran parecido entre la estructura enmarcada de *Con la muerte al hombro* y de *La familia de Pascual Duarte*.

Otra característica que ambos autores tienen en común es el gusto por agrupar sus novelas en ciclos o trilogías. Castillo-Puche ha publicado recientemente su trilogía de la liberación, y tiene dos novelas anteriores que pertenecen a una trilogía inacabada: «El cingulo»²⁴. Es mi opinión que *Sin ca-*

21 Página 8 de su conferencia.

22 El capitán de *El vengador* expresa sobre los héroes: «A mí los héroes me dan cien patadas en la barriga. Además, aquí no hacen falta héroes» (pág. 194).

23 Lo hace E. G. de NORA, *La novela española contemporánea* (1939-1967), vol. III (Madrid: Gredos, 1979), pág. 160 y SOBEJANO, pág. 105 entre otros.

24 *Como ovejas al matadero* (Barcelona: Destino, 1971) y *Jeremías el anarquista* (Barcelona: Destino, 1975) son las dos novelas publicadas de esta trilogía; la tercera *Opus perfectum* está terminada, pero sin publicar y tiene lugar en Roma sobre una lucha entre el Opus Dei y la Compañía de Jesús, pág. 153, de «Charla con José Luis Castillo-Puche».

mino, *Con la muerte al hombro* y *El vengador*, estudiadas en este orden, forman una trilogía bien definida —aunque innominada—. Sus personajes, como pudimos ver por sus rasgos en común y por lo intercambiable de sus títulos, podrían ser uno y el mismo personaje: mientras que, a la vez, el desenlace de las tres situaciones presentadas indican una progresión temática. Un posible título para esta propuesta trilogía de Castillo-Puche podría ser «Caminos inciertos» que es, precisamente, el que usó Cela para un ciclo suyo que quedó inconcluido ²⁵. Estos tres personajes buscan, pues, su camino en la vida. No sabemos si Enrique lo encuentra o no, por lo menos abandona un camino equivocado. Julio sigue otro camino en Madrid lejos de la opresión de su pueblo aunque tampoco él consigue definirse. Y Luis se decide a tomar una decisión que para él es más apropiada que la venganza.